

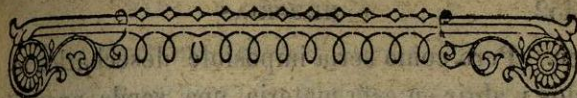
algunos cadáveres colgados á unos árboles, y por los morriones y ropa se conoció que eran cazadores del activo de Toluca.

El dia 17 llegó la seccion al lugar que ocupaba antes la villa de Austin, presentándose allí al general Gaona el teniente coronel Portilla con su asistente, que no sabia á donde caminar.

El dia 18 se continuó la marcha por la orilla del rio Brazos, quedando acampada la brigada en el paso de *Tompson*, donde se encontraba el general Ramirez y Cesma y el segundo en jefe Filisola; y como en el camino se ocupaba aquella de recoger víveres en todas las habitaciones que encontraba, el carro en que las llevaba y las mulas llegaron extraordinariamente recargados, y casi inutilizados.

Tambien esperiméntó alguna falta de agua, por no existir ya los barriles en que se conducia: los cuales se habia llevado el rio Colorado en la construccion de la primera balsa, como hemos referido poco antes.

Y pues dejamos ya al general Urrea cerca de *Brazoria*, y al general Gaona en el paso de *Tompson*, véamos ahora lo que pasaba en Béjar, en cuya ciudad quedaba el general en jefe.



CAPITULO XXXIII.

Orden en que marchaban las divisiones del ejército.—Generales que las mandaban.—Fuerzas de que se componian.—Direcciones que llevaban.—Accion del rio de S. Jacinto, y prision del general en jefe referida por él mismo.

Penetrados de la alta importancia y consecuencias de los sucesos á que hemos llegado y corresponden mencionarse en este lugar, no dudamos confesar que tememos no poder hacerlo con toda la seguridad que debe exigirse del que puede dar testimonio á ciencia cierta de cómo pasaron, y cuando tampoco querriamos mancomunar nuestra responsabilidad con la de los autores de los documentos que hemos podido reunir y consultar sobre ellos; pues por mas solemnes que ellos sean, posible es que en la inflexible posteridad puedan admitirse como enteramente libres de toda tacha de parcialidad, por motivos que aun tampoco están á nuestro alcan-

ce. Pero como seria imposible desecharlos todos y abrir en esta materia una senda nueva ó desconocida, porque no se presta á la originalidad que las obras de mera imaginacion, hemos adoptado el medio que nos ha parecido mas prudente y conciliatorio de tantas dificultades, de servicios de la relacion de la persona mas caracterizada que figura en ellas, la mas interesada bajo de muchos respetos en presentar la verdad de los hechos y la mas directamente responsable; de ello, de sus consecuencias y de las de cualquiera error que pudiese redundar en descrédito de su patria y de la probidad con que ha debido marcar todas sus acciones, todos sus escritos, mayormente los oficiales, y hasta sus mas recónditos pensamientos en este particular; esta persona es, el general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, y el documento á que tambien nos referimos el parte que dió al gobierno desde Manga de Clavo con fecha 11 de Marzo de 1837, y que despues publicó en su Manifiesto á la nacion sobre el triste término de la campaña de Tejas en la márgen del rio de San Jacinto.

Ademas de las razones que acabamos de indicar para reputar el citado parte como el mejor justificante de la buena fé y respeto á la verdad con que hemos tomado la pluma para escribir estas *Memorias*; tenemos tambien las de que en lo sustancial de él no tan solamente no ha sido contestado por otra ninguna produccion, antes al contrario, cuantas hemos podido conocerle son generalmente favorables, á escepcion de las del general Houston (que han reproducido

de los escritores tejanos), cuya vanidad y orgullo por la sorpresa de San Jacinto, creyó haber adquirido mayor gloria que la que jamas pudo ambicionar y que ha pretendido hacer superior á la que realmente pudo conseguir, exagerándolo todo, desfigurando los hechos, é insultando sin nobleza y aun sin urbanidad á los mexicanos en una especie de romance caballeresco, que no es ciertamente el medio mas conforme ni mejor admitido entre las naciones cultas para persuadirles del merecimiento de un caudillo de la condicion que Houston quiere aparecer al tomar por sí mismo un lugar tan elevado; porque una circunstancia favorable, un triunfo inopinado pudiese darle ocasion para dirigir hasta allá sus ávidas miradas.

Lo conducente, pues, á nuestro propósito es como sigue:

“En marcha hácia sus destinos las divisiones de los generales D. José Urrea, compuesta de mas de 1.300 hombres, la de D. Joaquin Ramirez y Cesma, de 1.400, y la de D. Antonio Gaona, de 700, cada una capaz de batir el resto de las fuerzas enemigas, verifiqué la mia de Béjar el dia señalado con mi estado mayor y una escolta de treinta dragones. Los estados de fuerza de estas divisiones no los incluyo, por el estravío que ha padecido parte de mi equipaje en que se hallaban éstos y otros documentos.

“Al tercer dia alcancé en el rio Guadalupe, frente á la villa incendiada de Gonzalez, á los batallones de zapadores y activo de Guadalajara, que á las órdenes del Sr. coronel D. Agustin

Amat caminaban á reforzar la division del Sr. general Ramirez y Cesma.

“Dos jornadas á retaguardia seguia el teniente coronel D. Pedro Ampudia, con la artilleria permanente de zapa, sacos á tierra, municiones y víveres para la misma division.

“Como el rio Guadalupe estaba crecido, no era posible que los cuerpos y el tren referidos pasaran con la brevedad necesaria, siendo indispensable una demora de tres ó cuatro dias. El parte que me habia dirigido el general Ramirez y Cesma desde el rio Colorado, al frente del enemigo, y que me decidió á mandar dichos auxilios, como le dije en contestacion, me tenia cuidado; dispuse por esto que el Exmo. Sr. general de division D. Vicente Filisola, que creí mejor me acompañase como mi segundo, por dejar en Béjar al general D. Juan Andrade, quedase espeditando el paso, y que á su inmediato mando continuase todo con la violencia posible.

“Yo activé mi camino, y el dia 5 llegué al paso del Atascosito en dicho rio. Encontré del otro lado la division del general Ramirez y Cesma, quien me informó que habiéndose retirado el enemigo para el rio de los Brazos, se le habia proporcionado pasar sin oposicion; y observando que solo habia una canoa, encomendé al batallon permanente de Aldama, bajo la direccion del general D. Adrian Woll, la construccion de balsas para facilitar la marcha de la seccion que habia quedado con el general Filisola.

“Considerando en marcha para San Felipe de

Austin al general Gaona, segun su contestacion desde Bastrop, poblacion situada en la orilla oriental del rio Colorado, distante treinta leguas al Oeste de San Felipe de Austin; y al general Urrea para la villa de Brazoria, que se encuentra al márgen occidental del rio Brazos, y á veinte y cinco leguas al Sur del mismo San Felipe, continué el dia 6 con la division del general Cesma al arroyo de San Bernardo, y el 7 á la madrugada llegué á San Felipe de Austin. Esta poblacion, situada sobre la orilla occidental del rio Brazos no existia ya, porque el enemigo la habia incendiado y habia hecho internar á sus moradores como lo hizo en Gonzalez. Entre aquellas ruinas se aprehendió á un anglo-americano armado, y declaró: que pertenecia á un destacamento como de ciento cincuenta hombres, situados al otro lado para defender el paso; que las poblaciones se quemaban para quitar los recursos á los mexicanos, por mandado de su general Samuel Houston, quien se encontraba en un bosque del Paso de Gross, quince leguas distante de nuestra izquierda, con solo ochocientos hombres que se le habian quedado; y que tenia intencion de retirarse al rio Trinidad, si los mexicanos atravesaban el rio Brazos.

“Avistadas nuestras fuerzas por el destacamento anunciado, rompió el fuego desde un reducto que lo cubria; hice levantar á su frente una trinchera, y colocando dos piezas de á 6, fué correspondido constantemente sin desgracia alguna por nuestra parte. Reconocí en seguida la orilla del rio á derecha é izquierda hasta dos leguas,

buscando paso para sorprenderlo en la noche, mas fué toda diligencia infructuosa: su anchura y profundidad es grande, estaba crecido, y ni una canoa se encontraba. Los varios rios que atraviesan aquel pais, presentan grandes obstáculos á un ejército espedicionario: son cautelosos y tienen frecuentes avenidas en la primavera, ocasionadas por las nieves derretidas de las montañas y repentinos aguaceros, que causan asimismo considerable atraso en los movimientos.

“El dia 8 dispuse la construccion de dos chalanes (barcas chatas), para lo cual se hizo preciso traer maderas de las habitaciones distantes. Ya en obra, calculáronse diez ó doce dias para su conclusion, por la escasez de carpinteros, y tres ó mas para colocarse donde debian servir: me pareció la pérdida de este tiempo un mal irreparable, siendo tan importante, atendidas las circunstancias del ejército y de la República, la terminacion de la campaña antes de las aguas.

“El general Filisola no llegaba al rio Colorado: y el general Gaona, debiendo habérsenos incorporado, ni anunciaba cuándo lo verificaría. La situacion del gefe enemigo no me era ya desconocida. Intimidado por los triunfos sucesivos de nuestro ejército, despavoridos á la vista de sus rápidos movimientos sobre un terreno que naturalmente opone obstáculos casi invencibles á ellos, y sufriendo desercion y escasez que le impelian á buscar la salvacion en la retirada que emprendió, nada mas conveniente que perseguirlo y batirlo antes de que pudiera reponerse.

“El rio Brazos no lo podiamos atravesar por

San Felipe, y en vista de tales antecedentes resolví hacer un reconocimiento hasta de diez ó doce leguas por la ribera de la derecha, cuyo flanco juzgaba cubierto con la division del general Urrea, que como he indicado se dirigia sobre Brazoria, y al efecto marché de San Felipe el dia 9 con 50 granaderos y cazadores y 50 caballos, dejando al general Ramirez y Cesma con el resto de la division, que reforzaria de un momento á otro la del general Gaona. A los tres dias de penosas marchas y contramarchas, en uno de los que hice á pié una jornada de cinco leguas, me posesioné del paso de Tompson, á pesar de los esfuerzos de un corto destacamento enemigo, de un hermoso chalan y dos canoas. En esta jornada se condujeron los gefes, oficiales y tropa con entusiasmo y bizarría. La fortuna aun era propicia. El general Ramirez y Cesma, á virtud de mis órdenes, se me incorporó el 13. El general Gaona no parecia.

“Por algunos colonos presentados, uno de ellos mexicano, me cercioré de que en la villa de Harrisburg, doce leguas distante, situada en la orilla derecha del Bayuco, Búffalo, residia el nombrado gobierno de Tejas, D. Lorenzo Zavala y los demas directores de la revolucion, y que segura era su aprehension si rápidamente marchaba alguna tropa sobre ella. La noticia era importante, y mas el movimiento indicado, cuyo buen éxito desconcertaria completamente la revolucion; y sin confiarla á nadie procuré aprovecharme de ella: hice trasladar al otro lado del rio los granaderos y cazadores con que habia to-

mado aquel paso, al batallon permanente de Matamoros, á los dragones de mi escolta, una pieza de á seis bien dotada, y cincuenta cajones de cartuchos de fusil, y emprendí marcha con esta fuerza para Harrisburg el 14 en la tarde. Dejé en Tompson al general Ramirez y Cesma con la demas tropa de su division, y unas instrucciones en pliego cerrado para el general Filisola.

Entré en Harrisburg el 15 en la noche, alumbrado por varias casas que se quemaban, y solo se encontraron trabajando en una imprenta un francés y dos norte-americanos. Declararon que el titulado presidente, vice y otros individuos de suposicion, se habian marchado al mediodia en un barco de vapor para la isla de Galveston, á donde se dirigian las familias de aquellas habitaciones: que el incendio que se notaba era casual, no habiendo podido ellos apagarlo; que abandonaban sus casas las familias por mandato del general Houston, y que éste se encontraba en el paso de Gross, con 800 hombres y dos piezas del calibre de á 4.

Frustrada la aprehension de los corifeos de la rebelion, y sabiendo el paradero del enemigo y su fuerza, para mejor combinar mis movimientos ulteriores, dispuse que el coronel D. Juan N. Almonte con los 50 dragones de mi escolta hiciese una descubierta hasta el paso de Linchburg y New-Washington. Desde este punto participó dicho coronel, entre otras cosas, que varios colonos encontrados en sus casas, aseguraban uniformemente que el general Houston se retiraba para el rio Trinidad por el paso de Linchburg.

Evitar el paso á Houston, y destruir de un golpe la fuerza armada y las esperanzas de los revolucionarios, era cosa bien importante para dejar escapar la ocasion. Concebí tomar el paso de Linchburg, antes de su llegada, y valerme de las ventajas del terreno. Mi disposicion primera se contrajo á reforzar la seccion que me acompañaba, compuesta de un cañon, 700 infantes y 50 caballos, hasta ponerla superior en número á la enemiga, ya que lo era en disciplina; y ordené al general Filisola que suspendiese el movimiento del general Cos para el puerto de Velasco, que en mis instrucciones se tenia prevenido, y á su mando hiciera salir prontamente 500 infantes escogidos para reunirse á la mayor brevedad. Esta orden fué conducida con velocidad por mi ayudante de campo teniente coronel graduado D. José María Castillo é Iberri.

Comprometido el coronel Almonte en el puerto de New-Washington, á orillas de la bahía de Galveston, con los buques enemigos que podian arribar, á la vez que era necesario asegurar la cantidad de viveres que habia logrado aprehender, hice jornada para aquel punto la tarde del dia 18. A mi llegada se hallaba á la vista una goleta que por falta de viento no podia alejarse: intenté apresarla para servirme de ella á su tiempo sobre la isla de Galveston; pero cuando se alistaban los botes y chalanes de que se habia provisto tambien el coronel Almonte, llegó un buque de vapor y le dió fuego.

En la madrugada del 19 mandé al capitán D. Marcos Barragan con algunos dragones al Paso

de Linchburg, distante de New-Washington tres leguas, para que observara y me comunicara con oportunidad la llegada de Houston; y el 20 á las 8 de la mañana se me presentó participándome que Houston llegaba á Linchburg. Todos los individuos de la seccion oyeron alegres la aproximacion del enemigo, y con el mejor espíritu continuaron la marcha que ya se habia emprendido para el mismo punto.

A mi llegada se encontraba Houston posesionado de un bosque en las orillas del bayuco de Buffalo, cuyas aguas se incorporan allí en el rio de San Jacinto y componen parte de las del Galveston. Su situacion lo precisaba á batirse ó tirarse á la agua. Mi tropa manifestaba entonces tanto entusiasmo, que comencé á batirle. Aunque correspondia á nuestros fuegos, no conseguí que abandonase el bosque. Quise atraerle al terreno que mas me convenia, y me retiré hasta mil varas sobre una loma que proporcionaba ventajosa posicion, agua á la retaguardia, bosque espeso por la derecha hasta la orilla de San Jacinto, llanura espaciosa por la izquierda, y despejado el frente. Al ejecutar este movimiento menudeó sus fuegos de cañon, que hirieron al capitán D. Fernando Urriza. Salieron del bosque como 100 caballos arrojándose atrevidamente sobre mi escolta, colocada á mi izquierda, en términos que la arroyaron por un momento, é hirieron de gravedad á un dragon. Mandé dos compañías de cazadores á su encuentro, y fueron suficientes para ponerlos en fuga hasta su bosque. Habia salido tambien alguna

infanteria; pero volvió á emboscarse al ver á su caballería retroceder. Serian las cinco de la tarde; y necesitando la tropa alimento y descanso, empleó el resto del dia en tan indispensables objetos. La noche se pasó con vigilancia y me ocupé de la mejor colocacion de las fuerzas, y de un parapeto que hiciera ventajosa la posicion del cañon y lo cubriera. Mi posicion era estas tres compañías de preferencia guardaban el bosque de la derecha, el batallon permanente de Matamoros formaba en batalla en el centro, y á la izquierda el cañon, protegido por la caballería y una columna de compañías de preferencia á las órdenes del teniente coronel graduado D. Santiago Luermo, que hacia de reserva.

A las 9 de la mañana del 21, á la vista del enemigo llegó el general Cos con 400 hombres de los batallones Aldama, Guerrero, Toluca y Guadalupe, habiendo dejado los 100 restantes á las órdenes del coronel graduado D. Mariano Garcia con las cargas en un mal paso, demoradas cerca de Harrisburg, cuya incorporacion no llegó á efectuarse. A primera vista noté contravenida mi orden respecto de los 500 infantes escogidos que ella espresaba terminantemente, pues la mayor parte del refuerzo se componia de reclutas que en San Luis Potosí y el Saltillo se repartieron á los cuerpos. Tan grave falta me causó en aquel momento el mayor disgusto, considerando insignificante un auxilio que esperaba impaciente, y con que me prometia dar un golpe decisivo atendidas las circunstancias que me habian puesto superior al enemigo.

Sin embargo de todo intenté aprovechar la sensacion favorable que advertí en los semblantes á la llegada del general Cos; pero éste me espuso que por forzar su marcha para llegar prontamente, la tropa que traia no habia comido ni dormido en 24 horas, y que mientras llegaban las cargas, que seria dentro de dos ó tres horas, podia repararse y estar en buena disposicion para batirse. Cedió á esta insinuacion consintiendo que descansara y comiera.

Para observar al enemigo y proteger las cargas citadas, situé mi escolta en buen lugar, reforzándola con 32 infantes montados en caballos de oficiales. No hacia una hora de esta operacion cuando el general Cos se me presentó pidiéndome á nombre del capitan D. Miguel Aguirre que mandaba la escolta, que se le permitiera comer á su tropa y dar agua y un pienso á los caballos por no haberlo hecho desde el dia anterior. El tono compasivo con que se me hacian estas peticiones me hizo acceder, advirtiéndome que satisfecha prontamente la necesidad, volviera al instante el capitan Aguirre á ocupar la posicion que tenia, lo que no habiendo verificado contribuyó á proporcionar al enemigo la sorpresa que logró.

Fatigado de haber pasado la mañana á caballo, y desvelado de la noche anterior, me recosté á la sombra de unos árboles, mientras la tropa alistaba sus ranchos. Hize llamar al general D. Manuel Fernandez Castrillon, que funcionaba de mayor general, y le previne que vigilara el campo y me diese parte del menor movimiento del

enemigo: le encargué asimismo me recordara tan luego como la tropa hubiese comido, porque era preciso obrar cuanto antes desicivamente.

Como el cansancio y las vigiliias producen sueño, yo dormia profundamente, cuando me despertó el fuego y el alboroto. Advertí luego que eramos atacados, y un inesplicable desorden. El enemigo habia sorprendido nuestros puestos avanzados: una partida arrollando á las tres compañías de preferencia que guardaban el bosque de nuestra derecha se habia apoderado de él, aumentado la confusion con sus certeros tiros: la demas infantería enemiga atacaba por el frente con sus dos piezas, y la caballería por la izquierda.

Aunque el mal estaba hecho, creí al pronto repararlo. Hice reforzar con el batallon permanente de Aldama la línea de batalla que formaba el batallon permanente de Matamoros, y organizé en instantes una columna de ataque á las órdenes del coronel D. Manuel Céspedes, compuesta del batallon permanente de Guerrero y piquetes de Toluca y Guadalajara, la que á la vez que la del teniente coronel Luelmo marchó de frente á contener el principal movimiento del enemigo; mas en vano fueron mis esfuerzos: la línea se abandonó por los dos batallones que la cubrian, no obstante el sostenido fuego de nuestra pieza, que mandaba el valiente teniente D. Ignacio Arenal, y las dos columnas se disolvieron, herido el coronel Céspedes y muerto el capitan Luelmo. El general Castrillon, que corria de uno á otro lado para restablecer el orden en nuestras filas, cayó

mortalmente herido. Los reclutas formaban pelotones y envolvían á los antiguos soldados, y ni unos ni otros hacían uso de sus armas; mientras el enemigo aprovechando la oportunidad continuó su carga rápidamente con descompasados gritos, logró en pocos minutos la victoria que ni imaginar podía.

Perdida toda esperanza, escapándose cada uno según podía, mi desesperación era tan grande como mi peligro, cuando un criado de mi ayudante de campo coronel D. Juan Bringas, con noble franqueza me presentó el caballo de su amo, y con encarecidas expresiones me instaba á que me salvara. Busqué mi escolta, y dos dragones de ella que encillaban con precipitación, me dijeron: que sus oficiales y compañeros iban de escape. Recordé que el general Filisola se encontraba á diez y seis leguas en el Paso de Tompson, y sin vacilar procuré tomar aquel camino por entre los enemigos: siguiéronme éstos, y á legua y media, en un grande arroyo cuyo puente encontré quemado, me alcanzaron. Perdí el caballo, y con trabajo, me oculté entre unos pequeños pinos. La proximidad de la noche me proporcionó burlar su vigilancia, y la esperanza de incorporarme al ejército, y vindicar el honor de las armas, me dió aliento para atravesar el arroyo con el agua al pecho y continuar á pié. En una casa abandonada encontré ropa y relevé la mía húmeda. A las once de la mañana del 22, al atravesar una llanura me volvieron á alcanzar mis perseguidores, y he aquí la manera misma de haber caído en sus

manos. Por el traje cambiado me desconocieron, y preguntaron: si había visto al general Santa-Anna yo les respondí que iba adelante: esta oportuna ocurrencia me salvó de ser asesinado según después llegué á saber.

Como en seguida hace el general en jefe nuevas observaciones de los motivos que según él mismo, habían contribuido á la pérdida de la batalla, inculcando al general Filisola por que no le había mandado 500 hombres escogidos, nosotros nos vemos en la necesidad de advertir aquí que aunque la frase es exacta no lo es la idea porque el general Filisola le mandó los mejores cuerpos, y en el ejército no existían mas que reclutas y soldados improvisados; el si se le hubiesen entresacado los mejores soldados de todos los batallones, hubiera ocasionado mil desórdenes, pues tendrían estos que cambiar de jefe, pelear al lado de gente desconocida; y en fin hubiera formándose una masa que al fin produciría peores resultados que los que hubo, desertándose tal vez la mayor parte de ellos, antes de batirse con los enemigos. El deber de significar aquí las mismas ideas del general Filisola; verdadero autor de estas memorias nos ha hecho necesaria la digresión que acabamos de hacer, volvamos á la relación del Sr. Santa-Anna.

El general Gaona que no se incorporó con oportunidad, y cuyo motivo de dilación ignoro hasta ahora, me impidió que sacara doble fuerza cuando salí del Paso de Tompson pues solo llevé 700 infantes para dejar al general Ramirez y Cesma, la precisa en aquel punto. Así

es, que para ponerme superior al enemigo, pedí el refuerzo indicado de los 500 hombres escogidos los cuales el general Cos, desmenbró dejando 100 cerca de Harrisburg, en escolta de cargas que no se por qué conducia pues solo previne al general Filisola mandase 50 cajones de cartuchos de cuyas municiones trajo parte el general Cos, así como las cajas de los cuerpos que debieron quedarse en Tompson, pues á una tropa que marchaba á la ligera y solo de refuerzo pedido con urgencia no se le debian asinar estorbos cuando se sabe que los muchos bagajes entorpecen los movimientos: el refuerzo quedó pues disminuido en la quinta parte, y estos 100 hombres corrieron un riesgo inminente, salvándose por casualidad.

Por último contribuyó considerablemente á la mencionada desgracia la conducta del general Castillon, y de los gefes y oficiales á quienes estaba encomendada la vigilancia del campo al frente del enemigo. Siento tener que ocuparme de un individuo que no existe, y á quien siempre ví con aprecio, y de otros que aun viven; pero el deber me obliga á relatar los hechos como han sido. Estoy bien informado, de que en el tiempo que yo dormia se ocupó dicho general de afeitarse, labarse y mudarse ropa; y que se hallaba divertido en tertulia con los demas individuos de mi estado mayor, cuando el enemigo acechaba, y sorprendia nuestras avanzadas, sin haber visitado antes ni una sola vez nuestra línea: esto mismo hicieron á su ejemplo los demas gefes y oficiales; y así parte de la tro-

pa dormia, y los despiertos entregados al abandono proporcionaron al enemigo la sorpresa mas completa que á la media noche no habria logrado: siéndole fácil posesionarse del bosque citado de nuestra derecha con 160 hombres, cuando estaba cubierta su entrada con tres compañías de preferencia en mayor número, que no hicieron resistencia: de aquí el aliento del enemigo para continuar el ataque, y la confusion de nuestro campo, y aumentada con el espanto de que estaban poseidos los reclutas, hasta el extremo de que impedian á los soldados viejos hacer uso de sus armas, y se dejaban asesinar friamente. Es verdad que el general Castillon se condujo con extraordinario valor en los últimos momentos, segun lo relacionado; pero sus esfuerzos fueron inútiles y sus remordimientos no serian pocos antes de espirar si recordó el abandono de su deber cuando mejor debia haberlo cumplido.

“Mi carácter de general en gefe no me prohibia que descansase, porque á ningun general le es prohibido, ni puede prohibirsele, que sucumba á las necesidades naturales, particularmente en la hora y caso en que yo lo hice, confiado, como debia estarlo, de que se cumplirian mis prevenciones: el general en gefe no puede ejercer las funciones de gefe subalterno, del oficial, del soldado, á todas las clases les están consignados sus respectivos deberes y atribuciones: y si al superior no deben servirle de disculpa las faltas del inferior, este tiene sus escepciones, siendo

ciertamente una de ellas el caso de que me ocupó, por las razones referidas.

“Acaso se ha intentado culparme de imprudencia por no haber marchado con todas mis fuerzas reunidas haciéndolo solamente con la cortasección que lo verifiqué; pero en primer lugar es menester advertir para deshacer esa objeción: que yo salí de Tompson á ejecutar la operacion interesante de sorprender y asegurar á los directores de la revolucion por un golpe de mano á corta distancia: que tan luego como descubrí la retirada del enemigo por Linchburg, pedí refuerzo para quedar superior á él; y por último, que no traía ventaja alguna al ejército, el verificar su marcha por un solo punto, ni reunido porque el único enemigo que habia que combatir despues de haber sido arrojado en todas partes, se hallaba en el punto y situacion indicada: y como la direccion que habia traído y llevaba, mostraba que se retiraba pasando el Trinidad, y era necesario para que no quedase quien pudiese tirar un tiro desde el rio Bravo hasta el Sabina no picarle la retaguardia, sino cortarle la retirada y batirlo; un movimiento de todo el ejército, habria sido contrario á ese plan importante que decidia la cuestion de un solo golpe, porque la lentitud con que precisamente debia hacerlo en razon á su tren, bagaje, &c., daba lugar á que el enemigo se nos adelantase sin que lo pudieramos alcanzar, por los obstáculos que ya se ha dicho oponen el terreno de Tejas, y los rios caudalosos que lo aniegan.

“La fuerza que operaba á mis órdenes era su-

perior en calidad á la enemiga; estaba provista de víveres y municiones y en posesion ventajosa: aquella, menos en número, cortada por el Bayuco de Buffalo y rio San Jacinto, ocupaba inferior posicion; estaba sin víveres, habia sido provocada á batalla el dia anterior antes de recibirse el refuerzo, y no habia aceptado. ¿Quién con estos antecedentes habria hecho mover el ejército, perdiendo para ello momentos preciosísimos? ¿Quién dudado de la victoria? Apelo al juicio imparcial de los intelijentes, y estoy cierto de que lejos de fallar, como lo ha hecho la maledicencia y la envidia, que hubo por mi parte imprevision y precipitacion, dirán que se hicieron cálculos muy exactos con prevision, exactitud y tino; y que si no produjeron la victoria que era de esperarse, no dependió esto ni del plan ni de los movimientos ni de las acciones del general en gefe.

“Demostrado como está, que puramente faltas é imprevisiones de algunos de mis subordinados, y descuido de otros, causaron la catástrofe de San Jacinto, no me queda otra cosa que deplorar el haber participado de ella, aunque este sentimiento se mitiga cuando contemplo que hice los esfuerzos que estubieron en mi poder, excediendo mis deberes como general en gefe para servir bien, no encontrando en mi conducta otro exeso que el de mi celo por los intereses de la patria que me hizo olvidar los míos propios, y proponer todo para asegurar aquellos y dar gloria á las armas que se me confiaron.

La fortuna me volvió su espalda en la ocasion

en que iban á coronarse mis esfuerzos, y con esto no se han llegado á conocer, y me he privado de la satisfaccion de presentarle á mi nacion un nuevo laurel."



CAPITULO XXXIV.

Toma el mando del ejército el general Filisola, por la prision del general Santa-Anna.—Situacion y número de las tropas á este tiempo.—Junta de generales para tratar de continuar las operaciones ó retirarse.—Decídese lo segundo por las razones que se espresan.—Comienza la retirada.—Sucesos ocurridos en ella.—Tratados del general Santa-Anna con el general enemigo.—Indulto de los prisioneros.—Demostraciones de sentimiento por la prision del general en jefe y otras disposiciones del gobierno de México, hasta la del relevo del general Filisola, quedando en el mando el general Urrea.

La retirada de nuestro ejército despues de la desgraciada accion de San Jacinto está tambien como este suceso tan fuera de nuestra competencia para juzgarla cuantos son los comentarios que se han hecho sobre ella y los escritos en que se ha tratado sin tener quizá los autores de unos y otros los datos que vamos á presentar, ni la exactitud, imparcialidad y conocimientos que se requieren para transmitir sus decisiones á la historia, sin riesgo de inducir en errores